Alaiz escribe sobre Bretón de los Herreros

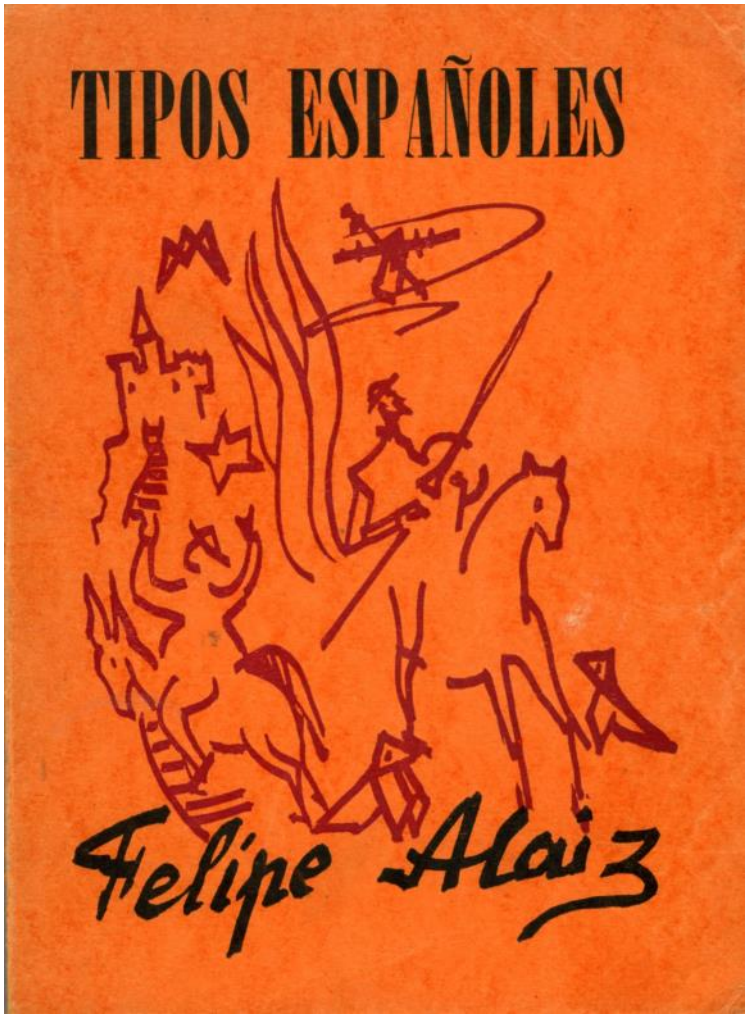
Si la semana pasada os ofrecimos una muestra de *Tipos españoles* de Felipe Alaiz en una semblanza de ficción anónima -y que aderezamos con una viñeta de su amigo Acín que coincidía en el tema-, en este caso os mostramos otra de la misma serie aunque sobre un personaje público, el escritor y dramaturgo Bretón de los Hereros que caracterizó varios decenios de la escena matritense decimonónica con sus comedias.

Así de punzante es la pluma de Alaiz cuando critica, a veces muy acertadamente, otras con no poca parcialidad, pero ejerciendo siempre un vivaz e impecable estilo y unos razonamientos casi siempre brillantes.

La serie de Alaiz fue publicada durante unos tres años en la magnífica barcelonesa *Revista Nueva*, desde 1933 hasta la sublevación contra la República, siendo esta entrega que nos ocupa la penúltima de Alaiz y también de la revista cuyo último ejemplar, el 388, apareció el 15 de agosto respondiendo su editorial a la sublevación (*La militarada del día 19 de julio y la revolución social en marcha*). Esa entrega de Alaiz estaba dedicada a Eusebio Blasco (*Eusebio Blasco, Robinsón sin isla*), zaragozano (n. 1844) afincado en Madrid (m. 1903), brillante periodista, escritor y comediógrafo y viajante del recorrido que va desde un ardoroso progresismo hasta el canovismo. Hombre apreciado por su bonhomía, se dice que murió abrazado a una imagen de la Virgen del Pilar. Ya veremos próximamente el escrito dedicado a tan interesante y singular personaje.

También dedicaremos tiempo a *La Revista Blanca* por su significación en la cultura española, libertaria y feminista que la familia Montseny gestionó y supo rodear de magníficas colaboraciones, entre ellas la del propio Alaiz quien además tradujo multitud de escritos para la publicación.

Os dejamos con una pequeñísima introducción para pasar a Felipe Alaiz.



Tipos españoles. Cubierta del volumen II. Ediciones Umbral, París, 1965

Introducción

Sobre Bretón de los Herreros

Retrato de Manuel Bretón de los Herreros. Antoni Gómez i Cros, 1839

Manuel Bretón de los Herreros nace en la localidad riojana de Quel a finales de 1796, aunque a los diez años emigra con su familia a Madrid. Poco tiempo después, el fallecimiento de su padre conlleva apuros económicos en la familia que derivarán en que en 1811, con quince años de edad, se aliste en el ejército participando en la Guerra de la Independencia.

Del ejército saldrá en 1822 habiendo perdido 11 años de su vida y también el ojo izquierdo en un suceso, quizá un duelo, no aclarado. Bretón, en su epigrama XI hace la referencia siguiente:

Dejome el Sumo Poder,
Por gracia particular,
Lo que había menester:
Dos ojos para llorar…
Y uno solo para ver.

Su afición por la escritura, que ya venía de antes, lo va a convertir en una figura de su época. El escritor Max Aub dijo de él que... *siguió la senda de Moratín, pero, al revés de éste, escribió mucho dejándose llevar de su facilidad. Estrenó más de ciento cincuenta comedias, pero, al igual que su maestro, queda su nombre principalmente por tres de ellas:* Marcela o Cuál de las Tres, El Pelo de la Dehesa *y* ¡Muérete y Verás...! *Escritor festivo, en el mejor sentido del vocablo, representa la fase amable de la época; sus personajes son* Los Españoles Pintados por Sí Mismos*. No tuvo ambición mayor; en su comedimiento -o conocimiento de sus límites- reside uno de sus méritos. Bretón quiso entretener a sus contemporáneos y lo consiguió. Sus mejores comedias, bien construidas, agradables, se seguirán representando si se quiere ofrecer cuadros de costumbres de mediados del siglo XIX.*

«Dueño de todos los recursos de la lengua, fecundísimo en chistes de dicción, mucho más que en los que nacen de la situación y del carácter» -como señaló Menéndez Pelayo-, es el principio de una desgraciada senda del teatro que tuvo en nuestro siglo muchos tristes representantes. Vino a ser, en España, lo que Scribe *en Francia, mejorándole en la forma sin llegar a la perfección de las enredadas construcciones del autor de tantos melodramas que invadieron la escena española por aquel tiempo.*

A continuación, vamos con el artículo de Felipe Alaiz, menos comedido que las palabras de Max Aub y que pertenecen a su *Breve Historia de la Literatura Española*, de 1966.

Bretón de los Herreros,
jovial en el teatro, cascarrabias en la vida

Felipe Alaiz de Pablo

Revista Blanca. Barcelona 15-7-1936. Año XIV, nº 387, pgs. 81 a 84

TIPOS ESPAÑOLES

Bretón de los Herreros, jovial en el teatro, cascarrabias en la vida

MANUEL Bretón de los Herreros, es, en esencial significación, hombre de teatro, versificador sempiterno, al teatro dedica sus grandes tiradas de versos. Humorista fácil, para el teatro escribe casi exclusivamente. Es como un segundo Moratín, más fecundo que el primero y no más incisivo. Moratín fué el modelo idolátrico de Bretón.

Hartzenbusch y el marqués de Molins escribieron la vida de Bretón, siendo amigos y contertulios de éste. La vida de Bretón escrita por Hartzenbusch figura en la colección de obras completas del autor de *Marcela*. El amigo no debería escribir la vida del amigo, porque no puede salir de los caminos trillados de la amistad y porque cree, generalmente, que el escritor es hombre de una pieza, siempre ejemplar y siempre en trance de tener que agradar. Agradar siempre a los amigos es una servidumbre tan feroz como las otras. El escritor sin mácula sería un tipo poco humano, tal vez huraño y cardíaco; tal vez llevara bisoñé o tuviera un genio endiablado.

Como no existen más que referencias amistosas y blandas de la literatura en los amigos, necesitamos, en nuestro deseo de no dogmatizar, bucear en la opinión de los adversarios para contrastar en el antagonista un punto de vista justiciero. No siempre el crítico literario se deja llevar por pasiones frenéticas y en todo caso nos queda la obra auténtica, limpia de glosas lisonjeras y diatribas.

Escribió Bretón ciento setenta y cinco comedias en verso, y dice la señora Pardo Bazán, en 1897, refiriéndose a Bretón, que murió veinticuatro años antes: «Estamos más distantes de 1830 que del siglo XVII. La España de Lope nos parece contemporánea, mientras que la de Bretón sólo la encontraríamos yerta y mustia revolviendo los cajones y armarios de nuestras abuelas.» Exacto. Hoy, la España de Lope no es tan familiar como era en 1897, a pesar del aparatoso centenario reciente con sus dos docenas de libros. Sólo han servido éstos para enmarañar la figura de Lope. Exceptuemos el libro de Astrana. Unos han querido hacer de Lope un furibundo anarquista y otros un beato, según la particular cofradía de los autores. Algo o mucho de esto ocurrió con Cervantes, escultura amerengada ya y derretida a fuerza de manosearla unos y otros. Por lo que respecta a Lope, a su obra *Fuenteovejuna* es la más representada actualmente en el país soviético, pero suprimiendo el final, respetuoso y hasta servil con la realeza.

Bretón escribía como un hombre apacible, ligeramente mordaz, amigo de las soluciones amistosas, inveterado partidario de la transacción. Si con unos versos muy poco corrosivos se burlaba de los supuestos encantos del campo en su comedia asaineteada A *Madrid me vuelvo*; si en *Muérete y verás* demostraba en el curso de una breve velada teatral lo útil que resultaría morirse provisionalmente para averiguar la verdadera opinión que se tiene del muerto, quien hace muy mal en suponer que la muerte hace sonar la hora de las alanzabas; si en *Marcela* emplea el diálogo más chispeante de su repertorio, en la vida era Bretón un sinapismo.

El conocido filósofo y médico reusense doctor Mata vivía en Madrid frente por frente de la casa de Bretón. Algunos clientes de Mata se equivocaban de puerta y llamaban a la de Bretón, y el galeno trató de acabar con las equivocaciones, escribiendo este letrero en su puerta:

En esta mi habitación
No vive ningún Bretón.

El sainetero riojano respondió al desafío del doctor con otro cartel, que era un sinapismo:

En esa casa frontera
Vive un médico poeta,
Que al pie de cada receta
Pone *Mata* y es verdad.

Mala lengua tenía Bretón para casi todo el mundo, pero en sus comedias aparecía siempre risueño y jovial. El precepto clásico de *castigat ridendo mores* era una reprimenda tan leve que el castigado se reía de las malas costumbres que se criticaban en la comedia.

El conocido filósofo y médico reusense doctor Mata vivía en Madrid frente por frente de la casa de Bretón. Algunos clientes de Mata se equivocaban de puerta y llamaban a la de Bretón, y el galeno trató de acabar con las equivocaciones, escribiendo este letrero en su puerta:

En esta mi habitación
No vive ningún Bretón.

El sainetero riojano respondió al desafío del doctor con otro cartel, que era un sinapismo:

En esa casa frontera
Vive un médico poeta.
Que al pie de cada receta
Pone Mata y es verdad.

Mala lengua tenía Bretón para casi todo el mundo, pero en sus comedias aparecía siempre risueño y jovial. El precepto clásico de *castigat ridendo mores* era una reprimenda tan leve que el castigado se reía de las malas costumbres que se criticaban en la comedia, pero no se creía aludido ni puesto en entredicho por el autor. El deber — como dijo Wilde — es lo que se espera que hagan los demás y todos esperaban que se corrigiere *el otro.*

Fuera del teatro, Bretón no representaba comedias blanquecinas sino que daba réplicas tan feroces como la que propinó al doctor Mata. Entre muchos de sus amigos pasaba por tacaño. Ventura de la Vega le pidió en cierta ocasión un duro y Bretón contestó con ínfulas de potentado:

— Si fumaras del estanco y usaras camisas gordas como las mías en vez de esa camisa de *olán,* no andarías siempre fastidiando a los amigos.

Ventura de la Vega, Espronceda y Larra se burlaban de Bretón porque era tuerto. Le suponían un inmigrante, con el pelo de la dehesa, casero y remolón en Madrid, amigo de guardar dinero, enemigo de la brillante bohemia resabida y afrancesada de Larra, aunque Bretón imitaba a Moratín, imitador a su vez de todo lo afrancesado más que de todo lo francés. Larra llegó a molestar enormemente a Bretón con motivo de *Marcela,* escribiendo aquél que con el argumento de la obra no era posible escribir una comedia y que Bretón se había servido de aquel argumento no para escribir una comedia sino para escribir tres. Por cierto que Ventura de la Vega, para vengarse de la tacañería bretoniana, recitó -no improvisando, como algunos creen, sino traduciendo y plagiando un epigrama francés- esta quintilla que parece un estilete en acción:

Una víbora picó
A Manuel Bretón el tuerto.
¿Qué diréis que sucedió?
¿Murió Bretón? No por cierto:
¡ La víbora reventó!

El epigrama francés, copiado casi literalmente y con acierto traducido, es original del poeta La Martiniére. He aquí el texto:

Un gros serpent mordit Auréle
Que croyez vous qu'il arriva?
Q'Auréle mourut? Bagatelle...
Ce fut le serpent qui creva.

Nació Bretón el día 19 de diciembre de 1796 en el pequeño poblado riojano de Quel, a orillas del Cidacos. No tenía libros ni maestros y *ya echaba versos, improvisaba décimas y sacaba coplas en la casa paterna.* Así dice del dramaturgo en ciernes el marqués de Molins. ¡Prodigio español! No gustaba de ninguna ciencia, pero tenía gracejo. ¡Nuevo prodigio español! La ciencia queda suplantada por el gracejo. A fuerza del gracejo se hizo soldado voluntario, cuando el rey José Bonaparte se ausentó de Madrid. Los guerrilleros patilludos iban a entrar en la metrópoli manzanaresca y también lord Wellington, con aquellos dragones ingleses que salen en *La Viejecita.* En nueve años de cuartel y con no poca pelea traumática, sólo pudo ascender Bretón a cabo primero, además de perder un ojo.

En 1822 obtuvo licencia absoluta. Entró en la burocracia. No ha podido ponerse en claro si fue candidato al acta parlamentaria por Logroño en las elecciones del 36. Fracasó en la oficina, como había fracasado en el cuartel. Después de pasar por tales mazmorras no se puede ser muy independiente, y Bretón no lo fue porque se aficionó a la superstición de las imitaciones literarias. Principalmente cayó de rodillas ante el espectro de Moratín. *A la vejez, viruelas* fue su obra primera, estrenada en el teatro del Príncipe el 14 de octubre de 1824, cumpleaños del mastuerzo de Fernando VII, ocultándose el nombre del autor por liberal, embolsándose éste como derechos de autor trescientos reales fernandinos.

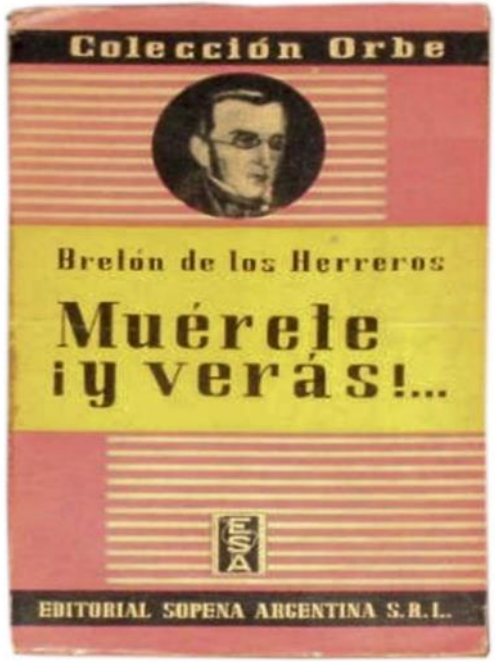
Siguió desde entonces en progresión acelerada la carrera dramática de Bretón, porque éste representaba el término medio facilitón de parsimonia templada y muy suaves cascabeles patéticos. Nuestra mesocracia vivía temerosa y medio incorporada tan sólo. Los liberales eran jóvenes impetuosos que sólo por excepción sabían guardar dinero. ¿De qué sirve guardar dinero si no se sabe guardar la hucha? Los espíritus liberales políticos guardaban su mayor entusiasmo liberalesco como se guarda el dinero en una hucha y después de hacer ahorros de libertad y sufrir privaciones. Femando el Deseado arrebataba la hucha de la libertad a los liberales, que tenían que esconderse o emigrar.

Bretón de los Herreros identificaba de cierta manera a los liberales con los derrochadores. Lo que él derrochaba eran versos a lo largo de obras originales, refundidas y traducidas, a lo largo de poesías y fábulas. Tenía una facilidad enorme para el verso mediocre, digestivo, ni heroico ni llorón, verso caedizo, plagado de alusiones inocentemente maliciosas y a flor de piel, verso módico y con exageraciones a menudo rudas de acento y tono con recodos casi cantados como el habla riojana. En la comedia blanca el género bretoniano fue el que privó tradicionalmente en el teatro Lara y sigue privando todavía para regocijo de la empleomanía sin nervios ni sobresaltos.

En la sociedad media española no había apenas fermentos rebeldes en tiempo de Bretón. Los había en los medios escondidos del campo. Quedaban por las sierras y los caminos desparramados y fugitivos, con manta y trabuco, o bien en las tragedias calladas de las aldeas, tragedias surgidas y rematadas entre espasmos fatalistas. ¿Qué podía hacer un teatro como el de Bretón con su remanente de candidez y sus críticas de abate poco inquieto? Justificar el retrato de Esquivel, merecer una buena ausencia en las tertulias de los salones y ser amigo del duque de Rivas,

Si Bretón imitaba a Moratín y éste quería ser un Moliere, resultaba que el salto desde Moliere a 1897 no era nada para Moratín, como nada era la Enciclopedia ni el humanismo. Por estas razones, Bretón parece anacrónico. Siendo posterior a la Revolución francesa, parece anterior. Lo mejor de Bretón es que de vez en cuando se sitúa en la recelosa actitud del popular riojano que es un humanista sin saberlo.

La tradición de clasicismo grecorromano con sus dioses y sus hemistiquios estaba bastante viva en España cuando escribía Bretón. El romanticismo, vivo también entonces, no luchaba con el clasicismo como se cree, sino que lo ignoraba. Si el romanticismo no tuvo origen en la caída de Napoleón -cree Musset que sí, porque se originó a través de Rousseau, como cree el culto profesor español Díaz Plaja- en las descripciones de Potosí y Eldorado traídas por los conquistadores y



exploradores de América, Bretón no se entregó más que a Moratín, reflejo pálido de Moliere sin pasar por ninguna selva americana ni por la Revolución francesa, pero pasando por el nivelado intrascendente humor de la mesocracia francesa clásica con sus pequeñas rentas y sus mermeladas, sus modas obsesionantes y su alegría moderada.

El humor diversión ya había desaparecido como único humor cuando declinaba la vida de Bretón. España se destemplaba en sus perpetuas chocarrerías como un Vesubio de pirotecnia. Las chocarrerías no tardarían en aspirar a una especie de *mírame y no me toques,* pretendiendo genialidad recalentada, a pesar de sus alardes, morigerada y contabilista. Seguiría el pueblo sin interesar a los autores y llegaríamos a extremos mucho peores que los apuntados por Jovellanos cuando escribió:

Ya la notoriedad es el más noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias,
Más que ser malas, quieren parecerlo.

Entre las Julias que sin ser malas quieren parecerlo y el caso contrario — las Julias que más que ser buenas quieren parecerlo — se desarrolla el teatro de Bretón de los Herreros. Sus personajes masculinos no son buenos ni malos, sino torpes, más torpes que las mujeres. En esto anduvo acertado Bretón.

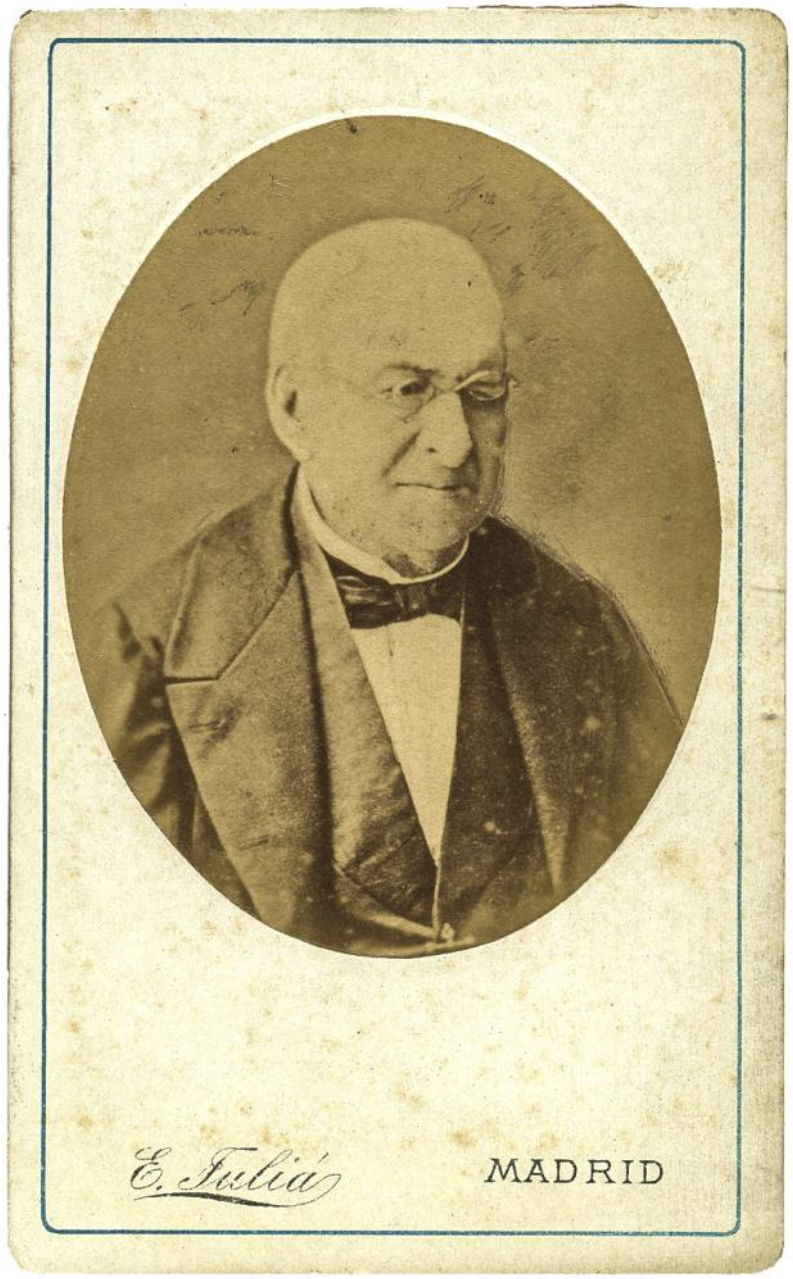
El melifluo pedante emperador Pedro Braganza del Brasil visitó a Bretón en casa de éste para endosarle una condecoración y disipar la misantropía mortal del autor, lleno del especial estado de ánimo que llamaban nuestros abuelos *déjame estar.* Todo fue inútil y hasta contraproducente. Creía Bretón entonces, más que adentrado ya por los linderos de la ancianidad, que el Brasil le debía mucho menos que España y que España no acudía a rendirle pleitesía arrodillada ante quien para consolarse de la falta de un ojo escribió que este defecto físico le igualaba a Camoens, de la misma manera que de ser manco se hubiera comparado a Cervantes. ¿Qué menos podía decir cuando todo un mastodonte emperador del Brasil comparaba a Bretón con Lope de Vega, dando pruebas de obtusas aunque imperiales entendederas?

La amargura enconada de Bretón tenía una causa francamente fúnebre: creía que a su entierro no iría tanto público como había ido al de algún actor que, según el autor y los amigos de Bretón, debía a éste todo lo que era. El desapego de nuestro autor prueba que cuando escribió *Muérete y verás* para criticar la hipocresía terrenal de los que alaban en vida a sus más queridos amigos y familiares, para arrancarles el pellejo después que mueren aquéllos, Bretón no creía lo que decía o se juzgaba, como excepción olímpica; y prueba también que consideraba inferior al suyo el trabajo del actor, opinión no menos celestial.

Retrato de Manuel Bretón de los Herreros. Antoni Gómez i Cros, hacia 1825

La Academia de la Lengua, que tanto hace padecer a nuestro venerable idioma, padeció a Bretón como secretario y dictador en los años postreros del comediógrafo, eterno resentido, vidrioso cascarrabias que amañaba las actas para no poner en evidencia sus raptos de humor ácido. Después de medio siglo de escribir cuchufletas llegó a ser un insoportable misántropo, decantando y ladeando incluso su famosa *letra escolapia.* Este defecto de la misantropía sólo se da en escritores de países analfabetos. Como nadie lee, sólo es posible hablar de libros con media docena de idólatras, y otra media docena de plumíferos rivales. El escritor se engreía, poniéndose tonto como un niño grandullón mimado. Además, en tiempo de Bretón los críticos hablaban siempre del Olimpo y acababa el escritor por avecindarse en él, sin descalzarse siquiera.

No tenía motivos para vivir amargado. Fue un verdadero emperador del teatro, mucho más emperador del teatro que Pedro de Braganza del Brasil. Ganaba dinero, tenía la Academia para pasar el rato y salones aristocráticos para solazarse. Algunos críticos se burlaban de él, pero era un emperador de la burla. Su contribución al magnífico libro *Los españoles pintados por sí mismos* (1851) es desmayada y como prestada por compromiso al modelar los retratos de la castañera, la nodriza y la lavandera. En cambio no parece tan negligente al hacer el donoso retrato del avisador. «Siempre en un pie, como las grullas — escribe— siempre en pie... Vaya usted a casa del Ingenio y que le dé la décima para pedir al final una palmadita. Que saquen de papeles este melodrama. Que vengan mañana al ensayo la lujuria, la gula y demás virtudes de acompañamiento. A la imprenta, que tiren carteles de vísperas. Al cabo de comparsas, que necesito para el domingo veinticuatro salvajes. Que aparten un palco para quien dice esta esquelita. Cite al comité para leer mañana un drama en quince cuadros con prólogo y epílogo. A Fulanita, que si no quiere arruinarme que me haga el obsequio de no parir hasta después de ferias.» En este tono animado va completándose el retrato del avisador. Contiene el artículo más detalles sobre la organización o desorganización del teatro a mediados del siglo XIX que todas las monografías pedantescas juntas.



Manuel Bretón de los Herreros. Foto estudio F. Juliá, s/f

Cuando Bretón está de vena emplea a veces una ligereza muy agradable en el sentido de poco pesada más que en el sentido de frivolidad. En su obra *Un enemigo oculto* hay versos de inventiva muy lograda, recitados por don Andrés, figura excepcional de protagonista, quien, como quince o veinte millones de españoles.

A lo que era necedad
Llamaba fatalidad.

Esto es, finamente molieresco, y lo es también la quintilla final recitada por el propio don Andrés:

A todo el mundo perdono...
Sólo a mi enemigo oculto
Le rompería el bautismo,
Pero como soy yo mismo
Me comprendo en el indulto...

Bretón escribió demasiado, y este fue su defecto mayor, en perjuicio de la calidad. El público acabó por cansarse. Tres mil noches apoteósicas sobrepasan a las mil y una noches.

No hay sainetero español que deje de acertar en la pintura de tipos, si atribuye generalmente la torpeza a los hombres. El hombre se cree rey de la creación, privilegiado autor de leyes y propietario de la mujer. Esta se ve obligada a defenderse valiéndose de la astucia, que es un ejercicio de inteligencia, mientras que el hombre sólo ejercita el arte de dominar, que es un arte de golpe y porrazo, un arte soez. La maternidad, la crianza directa de la prole exige delicadezas que el macho no conoce ni ve ni supone. Por su miopía y su brutalidad es un macho y los saineteros le clavan alfilerazo tras alfilerazo, sin que el macho se entere. Si un sainetero le habla de ello el macho dice muy convencido: «No es a mí». Y es caso muy curioso el de los saineteros: lo mismo los grandes, como Ramón de la Cruz, que los chicos, como Bretón, todos están de acuerdo en definir y copiar la intensiva estupidez masculinizada de los españoles.

FELIPE ALAIZ